

LA TUTORIA EN LA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA

José Sarukhán,
Coordinador de la Investigación Científica

Reflexiones centradas principal, aunque no exclusivamente, en la función de la Tutoría en el Posgrado de nuestra Universidad.

Quiero agradecer la invitación al doctor Villegas a participar en esta serie de pláticas sobre la Tutoría, y agradecerle doblemente el haberme programado a continuación de él, pues creo que tras su amplia y detallada exposición, resultará difícil a los veintidós participantes siguientes que pueda añadir muchos más elementos originales.

Por ello, hablaré fundamentalmente de la tutoría en el Posgrado, de mis experiencias no solamente personales, sino también como parte de un grupo que ha participado en este ejercicio. Expondré una serie de reflexiones que espero susciten intercambios, comentarios, preguntas y críticas de lo que aquí se exponga. Considero esto lo más apegado al espíritu del sistema de las tutorías, que justamente estamos examinando.

Antes de hablar concretamente del posgrado, quisiera comentar brevemente el papel de las tutorías en la licenciatura –ya no tanto en el bachillerato-, que serían dables en una universidad como la nuestra, a pesar de su masificación, sin la estructura y la organización de los cursos fuese diferente a la actual. Tal estructura y organización debieran comprender aspectos como la impartición de los primeros cursos (básicos) de cada carrera, por los mejores profesores-investigadores que existan en el área. Esto no ocurre actualmente o es, en el mejor de los casos, excepcional. Las personas de más capacitación, de más fama, de más renombre, deberían impartir los primeros cursos de licenciatura. Lo creo esencial, puesto que tales cursos son el momento en que con mayor facilidad se influye sobre alumnos cuya mente, aún fresca, sería muy receptiva al efecto estimulante de un profesor de muy alta calidad académica que conoce en detalle su campo profesional. Obviamente se requerirían organizar grupos de mayor tamaño que los hoy existentes. Sin embargo, creo que resulta preferible tener un profesor o un investigador de gran experiencia en un grupo de doscientos alumnos, que una pulverización en grupos de veinte o treinta alumnos con siete o diez profesores de mucho menor nivel académico.

La forma de complementar la anterior idea, para que adquiriera el sentido de “tutoría”, que es el tema a tratar hoy, es que el profesor de gran experiencia y capacidad esté adoptado por un número suficiente de personas más jóvenes, con relativamente menor experiencia pero suficiente capacitadas y lo bastante interesadas, para dedicarse a atender las dudas, ampliar las partes más complicadas del curso y aumentar la bibliografía que los alumnos tengan como apoyo al curso.

Creo que esto es factible en muchas áreas de la UNAM. Se requiere, desde luego, de una reorganización de los cursos y, en algunos casos, incluso de una reestructuración física, pues se necesitan espacios de los que tal vez no se dispone. La reorganización por áreas es otro complemento necesario para poder implantar tutorías en la licenciatura. Esto no significa necesariamente una organización departamental de los cursos, sino contar con tutores por áreas. Por ejemplo, el tutor de matemáticas, el de geografía, el de cálculo infinitesimal, etcétera. Se necesitan investigadores o profesores con suficiente capacidad y nivel académico, disponibles en horarios fijos y conocidos, que reciban a los alumnos y los ayuden a despejar dudas en un área de conocimiento amplia, no necesariamente ligada a una materia o a un curso determinado. Pienso que esta modalidad no tendría serias limitaciones para ser aplicable y adaptable en una universidad tan grande como la nuestra. Hasta aquí estos pensamientos sobre posibles adaptaciones del sistema tutorial en la licenciatura.

Me referiré ahora a la tutoría en el posgrado, ya que es aquí donde tengo un poco más de experiencia y porque estoy además convencido de que en la situación actual, no solamente de esta Universidad sino de la educación superior en general, el posgrado es la vía de entrada –o por lo menos una de las mejores vías de entrada- a la solución del problema de la educación superior, simplemente porque es el generador, la dínamo que produce el personal más bien preparado para abastecer los niveles de educación superior y media superior. Si carecemos de esa dínamo, si no tenemos ese caldo de cultivo generador de personal académico bien preparado, no será posible resolver los problemas de la educación superior del país.

Si se consulta en un buen diccionario qué es “tutor”, encontraremos varias acepciones del término, entre ellas la siguiente: “Tutor, es la persona encargada de la tutela de un menor o de una persona incapacitada”. En la Universidad no hay menores ni personas incapacitadas, mas quisiera referirme al espíritu de esta definición para ejemplificar lo que debe representar una tutoría. Por cierto, “tutela” está definida como “la protección legal para guardar o para conservar la fortuna de un menor” y, desde luego, no es estrictamente esto lo que explica la tutoría en la Universidad, pero tiene un significado muy importante: en tal contexto, asumo que un menor o alguien incapacitado es simplemente quien está iniciando su formación académica y profesional en un área del conocimiento en la universidad; la capacidad creativa de esa persona representa la fortuna por cuidar, y ésta es, en mi opinión, la fortuna fundamental del tutor: cuidar, generar y estimular esa fortuna. Se trata básicamente distinguir las diferentes vías –tan diferentes como cada individuo- por las cuales el tutor puede propiciar la mejor expresión de la creatividad de una persona.

Otra acepción de tutor es su empleo en la botánica o la horticultura, en el sentido de los implementos usados para que las plantas crezcan de cierta forma, generalmente armoniosa y derecha. Pero también puede darse otros modos de aplicar “tutores” a las plantas, para buscarles formas muy originales o exóticas, de acuerdo con el gusto o necesidades de quien las posea. También aquí surge este elemento de la plasticidad de un organismo, al que se puede ayudar para que tome una forma determinada, y me gusta mucho incluirlo en mi idea de lo que es una tutoría.

Estrictamente hablando, no concibo otro mecanismo de formación en el nivel de posgrado, que por lo general conlleva la idea de formar investigadores creativos, que mediante lo que hemos llamado Tutoría. En mi opinión, es un componente *sine qua non* de cualquier programa de posgrado, y aunque pueden darse excepciones en algunas especialidades muy técnicas, tengo mis dudas de que incluso ahí no fuese necesario insistir en valorar su importancia. Desde luego, cuando hablamos de un posgrado encaminado a la formación de individuos creativos, capaces de producir conocimiento original en cualquier área, no hay otra manera de hacerlo bien que mediante una tutoría basada en la investigación. Considero muy afortunado que la tutoría se haya vuelto un elemento obligatorio, y no opcional, en nuestra Universidad. La tutoría se basa, fundamentalmente, en una relación unipersonal, por lo que encaminaré mi comentario a lo que llamo “las ventajas” de esta relación unipersonal. Más también quiero hacer mención, porque ciertamente existen, de las limitaciones y desventajas o peligros de esa relación unipersonal.

En lo que se refiere a las ventajas de la misma, mencionaré dos fases: 1) La que podríamos llamar “de los aspectos formales”, que incluye cuestiones como la guía en la investigación, la tutoría en la adquisición de técnicas y conocimientos, etcétera, y 2) “Los aspectos humanos” –que van mucho más allá de explicar el último artículo del investigador más connotado en tal o cual campo y que están relacionados con el elemento básico en las características de la capacidad creadora que un individuo tiene, y con la forma en que el tutor puede reconocer tal creatividad, inducirla a crecer y hacerla florecer.

Cuesta mucho trabajo imaginar un buen tutor que no reúna ambos aspectos, los formales y los humanos. No niego que puedan existir, particularmente en algunos países sajones y que puedan ser buenos maestros. Sin embargo, en el caso particular de nuestra cultura y de nuestra sociedad, este elemento del componente humano me parece de especial importancia y no creo que se le pueda dejar de lado. Desde luego, debo reiterar que la expresión más clara de la tutoría formal, es la guiada en la investigación. Es decir, el problema personal de investigación que un alumno inicia del proceso de plantear preguntas inteligentes al universo de ideas y de hechos en el que se está metido, para conocerlo, diseñar métodos que permitan contestar estas preguntas, analizar su información y producir finalmente algo que, en forma tangible, pueda ser un producto original, que contribuya al avance del conocimiento de un área determinada y que es comunicable a la sociedad, ya sea aquella fracción particular, especialista en el tema, o también la sociedad en el sentido más amplio. A este tipo de tutoría en la guía de investigación es al que llamo la parte *sine qua non* de un proceso de formación en posgrado. Por ello mismo, no entiendo un posgrado sin investigador cuando estamos hablando del nivel doctoral. Tal vez pueda hablarse de una maestría en que el componente de investigación sea menor; pero en ese caso habría que pensar en una maestría bien diseñada para producir este tipo de personas, con características tales que no hagan esencial el componente de la investigación. De no ocurrir así, resulta inconcebible un programa de posgrado que no tenga a la investigación como parte medular y, por lo tanto, no requiera de tutores directamente ligados al proceso de investigación. Esta es, para mí, la relación primigenia entre

tutor y asesorado; es allí donde, en realidad, el alumno aprende más de las capacidades, del genio y de la experiencia de su tutor. Es allí donde el alumno se nutre realmente del conocimiento de su maestro y lo hace suyo. Pero también el maestro vive, se nutre y se retroalimenta de la creatividad, de la capacidad, de la frescura de pensamiento del alumno. Es un proceso bilateral y, si no lo fuera así, dudaría que fuese académica sano.

Podríamos referirnos aquí a la forma como un alumno escogerá a su tutor y a la que un tutor escogerá a sus alumnos. Es algo que en mi opinión cuesta mucho trabajo examinar. Se trata prácticamente de un casamiento, de un casamiento intelectual que puede durar –cuando es bueno– muchos años y que además, como otros casamientos, tiene frutos. Frutos muy importantes no sólo en el ámbito de las ideas, sino también en aquél de los nuevos alumnos y de los nuevos reclutas de este proceso.

La tutoría puede darse también en disciplinas diferentes a las del tutor principal y la del tutelado. Creo que esto es muy importante porque enriquece vigorosamente el sistema pedagógico. Esta es una idea nueva. Por ejemplo, en el doctorado en Ecología impartido en el Centro de Ecología de la UNAM, cada alumno tiene un tutor o un asesor individual –se establece la relación uno a uno–, pero también el alumno debe escoger tutores en áreas que no son las que va a cultivar en su investigación. Por lo general se propicia que sean áreas lo bastante diferentes como para que resulten complementarias a lo que el alumno esté tomando como tema central a su investigación. Esta tutoría consiste en una relación obligatoria de un cierto número de horas a la semana o al mes. El alumno debe entrar en el campo del tutor accesorio, leer obras escogidas, importantes, cruciales de la disciplina que se trate y esforzarse, con la guía de esa persona, en explotar un campo que de otra manera no habría tenido la posibilidad de conocer. Este tipo de tutoría en posgrado me parece importante porque ayuda mucho al enriquecimiento académico en la formación de individuos pero, además, también les da una gama mucho más amplia de relaciones directas con otras personas que están trabajando en su programa de posgrado.

La tutoría de investigación es un traje hecho a la medida; no hay dos tutorías iguales en la relación unipersonal. No he conocido en los aproximadamente dieciocho alumnos que han trabajado conmigo en investigación uno que sea igual al otro. Me considero más un sastre con un patrón único, dedicado a cortar, confeccionar y colgar los trajes hechos, esperando que venga un alumno a probárselos. Cada traje no sólo tiene medidas diferentes, sino también estilos muy diferentes, para realmente adecuarse a las necesidades y las capacidades de la persona. La tutoría disciplinaria carece de estas características por ser un poco más abierta, un poco más generalizable, pero me parece también de suma importancia.

Aunque no me gustan las reflexiones personales porque sólo interesan a quien las expresa, me permitiré alguna sobre la relación de un tutor con los alumnos, particularmente con aquellos que empiezan a acumular experiencia en la investigación. La mía es que reacciono en función directa del interés mostrado por el estudiante. Si el interés del alumno es muy grande, mi reacción hacia él es muy grande; si el interés es muy pequeño, el mío es muy pequeño. Entonces entro en lo que se

conoce, en física, como sistemas inestables; es decir, de un interés que crece exponencialmente y a veces se vuelve casi climático, o que simplemente cae en la extinción y se vuelve cero después de un poco de tiempo. Desde luego, tiene que existir un periodo en el que hay, antes que nada, estímulos para alimentar el interés del alumno. Pero cuando la alimentación del interés no genera los réditos adecuados, mi respuesta es pasar a este ciclo de extinción. Y no por otra cosa, sino porque pienso que parte del proceso formativo es justamente probar si los alumnos tienen esa capacidad de reacción, si no la tienen, están presentes dos problemas. Uno, de “química” entre el alumno y el tutor y entonces no puede establecerse una relación fructífera; dos, el alumno no está capacitado o interesado para adentrarse en el área de interés del tutor. Desde el principio hay que impedir cualquiera de las dos situaciones, porque entonces los embarazos no son viables y a medida que pasa el tiempo la interacción tutor-alumno resultará cada vez más complicada para resolverse adecuadamente y puede dañar al alumno.

Por lo que respecta a los aspectos humanos, es también una cuestión muy complicada, tan complicada como la naturaleza humana y tan diversa como cada individuo. Simplemente un tutor no es una guía espiritual ni tampoco psicológico. Estas son áreas peligrosas de la relación humana entre el tutor y el alumno. Un tutor adquiere muy rápidamente –cuando se da una buena relación con el alumno- la calidad de experto y asesor en parte académica, que se puede intentar con la mejor voluntad, trasladar a los aspectos de relación humana, y en esta transferencia se pueden causar daños muy serios.

Creo que en este sentido la tutoría de un profesor o investigador debe ser fundamentalmente la posición de una persona que analiza escenarios, que propone opciones, que sugiere posibilidades de acción y que la deja al alumno la toma de decisiones. En mi opinión, el doctor Villegas no exageraba al mencionar que, muchas veces, el tutor debe ser desde consejero sentimental, hasta solucionador de problemas de divorcio. Lo anterior es cierto, pero quizá no sean éstos los problemas más serios a los que un tutor debería enfrentarse y creo que, al mismo tiempo, adquiere una responsabilidad muy seria al incursionar en estos terrenos para no transgredir ciertas líneas y ciertos límites que deben existir en la relación tutor-alumno.

¿Cuáles son las limitaciones de la relación unipersonal? Porque todo suena como si la tutoría fuera la respuesta al proceso de formación y que, como tal, no tiene problemas. Y si los tiene. El primero es que en ciertos ambientes académicos poco ricos, la relación personal puede llevar con mucha rapidez a una gran estrechez intelectual del alumno, basado exclusivamente en aquello que su tutor sabe, y esto puede convertirse en un daño serio a su formación.

El segundo, es el proceso de aniquilar en el alumno la capacidad creadora, lo cual, por muchas razones, es en ocasiones una tentación enorme para algunos tutores. A veces este serio defecto proviene del afán de formar al alumno a su imagen y semejanza, lo cual puede estar basado en buena voluntad pero es de muy mal gusto. En otras ocasiones el tutor tiende a obliterar la capacidad creativa del alumno, porque la sombra que puede hacer un árbol cuando crece suficientemente, no es la más agradable para el tutor. Estos problemas de “esterilización

intelectual" son serios, y solamente tienen solución parcial, aunque son mucho más controlables en un posgrado de buena calidad. Este es el único antídoto a esos dos serios problemas y, por lo tanto lo que estoy concluyendo es que la tutoría sólo tiene sentido pleno en un ambiente académico rico y diverso, pues de otro modo los peligros a los que he hecho referencia se vuelven verdaderamente graves y la tutoría, en vez de ser una relación realmente fértil, se transforma en una relación abortiva. Hay que lograr, por lo tanto, programas de posgrado académicamente diversos y ricos. No creo en un doctorado en el que sólo hay cuatro profesores, no importa qué tan buenos puedan ser. Creo que en la medida que esos programas sean más ricos, más diversos, se reduce notablemente la posibilidad de autofecundación intelectual, de limitación en la visión académica del alumno, y de los riesgos insanos desde el punto de vista académico que se pueden dar en una relación unipersonal. En mi opinión no deberían aprobarse programas de posgrado, en ésta o cualquier otra universidad, que no estuviesen verdaderamente sostenidos por un grupo amplio de personas experimentadas, que le ofreciesen a los alumnos opciones amplias, incluso para cambiar de tutor cuando fuese necesario –porque esto también ocurre con mucha frecuencia para poder comparar la vivencia personal con otras vivencias, comparar si lo que uno está considerando como norma –verdaderamente una norma- a lograr, es correcta cuando se mide y pondera con otras personas, con otras formas de pensar, con otras medidas. Sería muy peligroso caer en la idea de que la tutoría es el mecanismo que resuelve los problemas del posgrado. Un posgrado será bueno cuando cuente fundamentalmente con un número suficiente de profesores de alta calidad que hagan buena investigación. Así, la tutoría será un vehículo excelente para la formación de los alumnos que estén inscritos en ese programa.